

NEW LEFT REVIEW 103

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO - ABRIL 2017

TRANSICIÓN EN ESTADOS UNIDOS		
MIKE DAVIS	Las elecciones de 2016	7
JOANN WYPIJEWSKI	La política de la inseguridad	11
DYLAN RILEY	El Brumario estadounidense	23
ALEXANDER ZEVIN	Imperio y aranceles	37
PERRY ANDERSON	Pasando el bastón de mando	43
ARTÍCULOS		
GÖRAN THERBORN	La dinámica de la desigualdad	69
CARLOS SPOERHASE	Más allá del libro	91
HITO STEYERL	Sobre los juegos	105
CINZIA ARRUZZA	El rechazo de Italia	122
CRÍTICA		
MARCO D'ERAMO	Ellos, el pueblo	134
PETER ROSE	¿Secretos de los antiguos?	145
JEFFERY WEBBER	Pensamiento social latinoamericano	157

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

ALEXANDER ZEVIN

DE TE FABULA NARRATUR

Imperios y aranceles

LOS SUGERENTES COMENTARIOS de Dylan Riley sobre el bonapartismo tienen tanto una resonancia superficial como otra posiblemente más profunda para el presente: en el primer aspecto, como estrella de *Page Six* y de los *realities* televisivos, Trump como parodia de Reagan, sin su carrera cinematográfica ni su temporada como gobernador de algún lugar, a modo de aprendizaje del funcionamiento del poder; en el segundo, porque trae a colación la sensación de un tenso equilibrio de los intereses de clase, que planea y en cierta medida es independiente de los conflictos que se libran por debajo¹. Sin embargo, no tengo claro que ninguna de estas dos resonancias nos permita descifrar la «carnicería estadounidense», en parte porque el contexto político que llevó a Marx a describir de esta manera la Francia de mediados del siglo XIX, con sus nostálgicos y explotados campesinos, era muy diferente. (En parte, también, porque es demasiado pronto para decir si el monstruo que surge de la retórica no es también otra forma de retórica, en vez de una formación históricamente nueva, como implica la analogía bonapartista).

Arriesgándome a acumular analogías históricas me gustaría ofrecer otra que pienso que también recoge algunos de los problemas que afrontan los dirigentes del principal Estado capitalista de la actualidad —quizá la diferencia más importante respecto al ejemplo francés— tanto en el ámbito interno como externo. ¿Qué pasa si Trump no es tanto Bonaparte como Joseph Chamberlain? Aunque nunca llegó a ser primer ministro —ese cargo recaería en su hijo Neville a finales de la década de 1930— Chamberlain (1836-1914) llegó a secretario para las Colonias en

¹ Véase el artículo de Dylan Riley «¿Brumario estadounidense?» en este número.

1895 y desempeño un papel dominante en la política imperial durante las Guerras de los Bóers. Fue un carismático hombre de negocios con un vistoso estilo —monóculo con montura de oro y una orquídea fresca frente al bronceado y el tupé de Trump—, que en 1903 llevó a los votantes su campaña para obtener un «acuerdo justo» para la industria británica y cuya inequívoca posición sobre la «preferencia imperial» —«la reforma arancelaria significa trabajo para todos»— obligó a Balfour a convocar elecciones en 1905 con la reforma como telón de fondo. Como exiliado del Partido Liberal en 1886, para después formar el Partido Liberal Unionista, Chamberlain fue un intruso radical entre los dirigentes conservadores, que preferían el planteamiento de un Baldwin, con su pipa y sus rasgos de patricio de la clase media; sus dotes retóricas no tenían rival a pesar de carecer de educación superior. Es bien sabido que Lord Salisbury le llamó «bandido siciliano», cuando de joven sugirió marchar sobre la Cámara de los Lores, en una guerra de Twitter de la época en que las actas parlamentarias las editaba Hansard. Chamberlain empezaba: «Lord Salisbury se erige en el portavoz de los lores», una clase de hombres «que ni labran ni tejen». Salisbury replicó invitándole a que marchara en una camioneta de manera que pudiera romperse el cráneo. Chamberlain aceptaba siempre que Salisbury le acompañara, de manera que «si me rompo la cabeza, me la romperé en buena compañía», y a su vez invitaba al noble lord a que su próximo picnic lo hiciera en Hyde Park en vez de en la propiedad familiar de Hatfield, donde «le prometo que encontrará la mayor reunión a la que nunca se ha dirigido». Por encima de todo eso, Chamberlain quería cambiar drásticamente el consenso sobre la política exterior, no equilibrando el poder en Europa, sino asociándose con su mayor potencia: Alemania.

La industria y las finanzas

Estas son similitudes de origen y perspectivas, en el contexto de un imperio que se muestra inquieto ante su competitividad económica y su capacidad militar después de una vergonzosa y costosa guerra. Pero Chamberlain no supo convertir las preferencias imperiales en un tema ganador, mientras que Trump hasta ahora lo ha conseguido. ¿A qué se debió su fracaso? Analizándolo en su contexto, en la Gran Bretaña eduardiana todavía había, en primer lugar, un fuerte apoyo al libre comercio en sectores industriales tradicionales como el textil, que cosechaban beneficios del viejo libre comercio con India, China y Oriente Próximo, o en sectores tradicionales pero avanzados como la construcción naval (en Estados Unidos, Boeing). Un segundo factor era el escaso interés por

la producción agrícola nacional, que podría haberse beneficiado de un acuerdo para elevar los precios de los productos alimenticios y, por otro lado, la presencia de una clase obrera que todavía podía ser movilizada por los ideales hegemónicos del liberalismo, al menos en la medida en que afectaban a cuestiones como la «hogaza», la «mesa del desayuno gratuito», etcétera. Finalmente, Chamberlain fue un fabricante de tornillos de Birmingham rechazado por los «caballerosos capitalistas» del sur, que rodeaban a la City, y con diferencia la más poderosa influencia a favor del libre comercio sobre la política económica.

Y entonces, ¿a qué se debe el éxito de Trump? Trump ha realizado lo que no pudo conseguir Chamberlain, por lo menos hasta el punto de tomar el poder, en un escenario nacional y global diferente pero con un punto en común: ambos, frente a una competencia global cada vez mayor, apuntaban a revisar las relaciones mercantiles sobre las que se basaba la hegemonía imperial de sus respectivos Estados. En buena medida, la respuesta está en un sistema electoral todavía más arcano a este respecto que el británico. Pero también es importante que en Trump encontramos a un representante de la economía de burbujas de activos hipertrofiadas, cuyos manifiestos fracasos no le han impedido mantener y aumentar el cúmulo de riquezas que heredó de su padre, gracias al asombroso aumento de los precios inmobiliarios y a creativas estrategias de endeudamiento basadas en aprovechar las oportunidades que brinda Wall Street: apalancamiento, préstamos, quiebras, subsidios estatales, que *también* prometen poner de nuevo en pie al capital industrial (y al trabajo) limitando el libre comercio. Así, a pesar de contar con la oposición de un cuadro de aprensivos capitalistas todavía mayor que el de Chamberlain, Trump está bien situado para actuar como el yin y el yang para los motores gemelos de la acumulación estadounidense. (A diferencia de Chamberlain, Trump tendrá que enfrentarse con un sector agrícola dirigido a la exportación más fuerte, pero se trata de un sector industrializado que no tiene las reservas populistas, que antaño hubieran permitido un levantamiento campesino).

Chamberlain no pudo cuadrar este círculo: su campaña enfrentaba a la industria con las finanzas, mientras trataba de atraerse a los trabajadores argumentando que si los aranceles elevaban el precio que ellos pagaban por la comida también podían utilizarse para actualizar los salarios y los fondos de pensiones. Trump prometió empleos (y grandeza) para los trabajadores del antiguo sector industrial del noroeste sin separar a un

sector de los capitalistas del otro y encontró poca resistencia en el tema de la elevación de los precios, posiblemente porque semejantes ataques no hubieran tenido eco (incluso en un país donde, habida cuenta del estancamiento de los salarios medios, se hubiera podido esperar que lo tuvieran). Hasta ahora, las irrelevantes infracciones del libre comercio han domesticado pocos espíritus animales: el mercado de valores está en alza estableciendo nuevos récords; los directores ejecutivos reciben dócilmente sus reprimendas en Twitter y reelaboran sus planes de externalización, mientras que los desacuerdos –con el decreto sobre los musulmanes, por ejemplo– se discuten en respetuosos diálogos con Silicon Valley, que ve cómo sus salones se presentan en el *The New York Times* como si fueran espacios de resistencia comparables con el *maquis*. Goldman Sachs ha penetrado en la rama ejecutiva más que nunca. (Mi apuesta para secretario del Ejército, el multimillonario Vincent Viola, una vez pegó un puñetazo en la cara a un asistente a una subasta de caballos; tristemente, por razones ajenas a los hechos, él mismo retiró su nombre de la candidatura y la historia quedó ahí).

En Gran Bretaña, el libre comercio se convirtió en «el sentido común de la nación» de manera gradual, a lo largo de dos siglos, con Adam Smith como santo patrón y un partido político liberal específicamente dedicado a ello. Por el contrario, el capitalismo estadounidense se levantó detrás de los muros arancelarios y empezó a defender su desmantelamiento solamente hace aproximadamente setenta años, con muchas interesadas desviaciones registradas desde 1945, principalmente el abandono de Bretton Woods a principios de la década de 1970. Los principales economistas políticos que produjo el siglo XIX fueron todos personajes inconformistas, incluyendo a Friedrich List, Henry George, William Jennings Bryant (si se le incluye) o Thorstein Veblen; en comparación, Hobson y Keynes, los dos economistas heterodoxos más influyentes que produjo Gran Bretaña en dos siglos, eran liberales bastante convencionales. En Estados Unidos se puede añadir a la lista al consejero comercial de Trump, Peter Navarro, que, como señala ácidamente *The Economist*: «No tiene ninguna publicación en revistas académicas de nivel».

En casa y en el exterior

En parte como consecuencia de todo ello, las ofertas que se hacen a los votantes y a los dirigentes extranjeros parecen bastante diferentes. Chamberlain y sus partidarios podían con cierta precisión referirse a su

sistema como libre comercio imperial: los muros arancelarios incluirían a las colonias, no las dejarían fuera. Cuando, bajo la fuerza de las circunstancias durante la Gran Depresión, surgió algo parecido a esto en 1932, se produjeron muchas quejas entre los liberales, e incluso entre algunos conservadores, que aducían que esto suponía un beneficio mucho mayor para las colonias que para la madre patria. «América First» suena muy diferente; en cierto sentido supone un rechazo de la idea de que mantener un sistema imperial exija realmente concesiones del imperio en cuestión hacia el conjunto de sus aliados, sátrapas y colonias formales o informales. Es decir, se puede renegociar el acuerdo del TLCAN con México y Canadá, mientras se obliga al primero a pagar la construcción de un muro como una forma especialmente brutal de gravamen; se puede festejar el fallecimiento de la UE mientras se habla de la OTAN como un mal acuerdo y se exige a los países europeos que contribuyan más a su propia defensa; la lista continua, aunque por ahora se limite más a declaraciones verbales. Hay que destacar que, con la excepción de México, los países que para Trump se «aprovechan» de Estados Unidos, son los países desarrollados; la política hacia los Estados subalternos parece poco probable que cambie, dejando margen para presionarles si dan alguna muestra de desafío, como puede suceder con Irán o Corea del Norte.

Dicho esto, en las moribundas condiciones del capitalismo reciente, quizá fuera posible «renegociar» un nuevo orden imperial sobre esta base más dura. Ciertamente, el espectáculo de Shinzo Abe saltando ante la oportunidad de jugar al golf en Mar-a-Lago, mientras ofrece miles de millones para la inversión en infraestructuras; de Peña Nieto, vacilando el mes pasado sobre cancelar o no su viaje a Estados Unidos a la vista de unos insultos que, en otras ocasiones y sin llegar a esa gravedad, han desencadenado guerras; o la mano tendida de Theresa May, no sugieren demasiada capacidad por parte de los países dependientes de mantener una negociación dura con Estados Unidos. Quizá esto sea otra ventaja de la particular forma de poder económico que tiene Estados Unidos y que se diferencia en parte de la de sus predecesores en que no está basado fundamentalmente en su papel como exportador de capital, sino en su papel como destino seguro para ese capital, teniendo protegidos sus déficits comerciales por el control de la moneda fiduciaria. El dólar se ha utilizado más eficazmente como arma política y se entiende mejor que Londres no pudiera manejar con el mismo éxito el patrón oro basado en la libra esterlina. Se puede comparar la confusión que Londres experimentó en 1925 sobre las consecuencias de un regreso al

patrón oro, o sobre la crisis de 1931, con la continua utilización por parte de Washington de su indispensable dólar (por medio del Departamento del Tesoro y del Departamento de Justicia) para bloquear a Cuba o Irán, o para alcanzar grandes acuerdos con empresas extranjeras como BNP, Paribas o Volkswagen.

Una diferencia es que, en esta crisis económico-imperial, Estados Unidos no tiene en el horizonte ningún desafío del tipo que para Gran Bretaña representaba Alemania. Por lo menos ningún desafío militar: los movimientos navales a miles de kilómetros de distancia en el Mar del Sur de China no son, en absoluto, tan graves como el rearme perseguido por Guillermo II, que podía haber acorralado a la Royal Navy en sus propios puertos y que hubiera hecho difícil el mantenimiento de una flota de alcance global equiparable. En cualquier caso, el cambio que Trump parece proponer aquí no es una actitud de confrontación con China, sino de conciliación con Rusia, quizá para aislar a la primera de la segunda y así asegurar que el giro hacia Asia llega a su fin original (ahora sin necesidad de un TTP).

Así que, en su conjunto, el resultado podría ser la continuidad en la política exterior, pero con una remodelación de la fórmula hegemónica: más coacción y cada vez menos persuasión. Que ello conduzca, a su vez, a la crisis de hegemonía que predijo Giovanni Arrighi puede depender de las consecuencias económicas de este proyecto, que probablemente no resolverá, e incluso podría empeorar, el largo declive del capitalismo atlántico. Lo que sí parece probable, a partir de las ideas esbozadas en este texto, es que Estados Unidos no se va a embarcar tranquilamente hacia su climaterio.